

LA MARGARITA ELECTORAL

ESPANA tiene la rara oportunidad histórica de pasar de una dictadura a una democracia, a través de la implantación de una monarquía constitucional democrática de corte europeo, a condición de que los diferentes actores respeten los límites de viabilidad de ese modelo de transición. Porque si se incumple esta condición del proceso de evolución política se radicalizará con peligro de revolución o, más probable, de contrarrevolución.

No parece que los actores comprendan bien sus límites de acción o sean capaces de respetarlos. Voy a intentar delimitarlos. No para ellos, que es su obligación conocerlos, sino para el público, a fin de que pueda juzgar su respectiva competencia.

El Rey tiene que asentar la Monarquía sobre una democracia auténtica, completa y eficaz. Una democracia que no discrimine contra nadie y que haga una política económica positiva y progresiva. En términos más precisos, una democracia que integre a los franquistas y a los antifranquistas; lo que exige la formación de un Gobierno de coalición poselectoral de franquistas reformistas y antifranquistas moderados, del que queden excluidos los extremistas de ambos sentidos, tras la protección y defensa de sus derechos e intereses legítimos. Tiene que ser, además, una coalición eficaz. No sólo tiene que promover la redacción de una constitución moderna que garantice la convivencia sobre la base de una reconciliación efectiva. Tiene que resolver cuanto antes la gravísima situación económica del país.

Hasta la fecha, un gobierno franquista reformista ha preparado eficazmente el camino hacia unas elecciones de las que puede salir esa coalición, posponiendo a ese fin la política económica precisa, que, objetivamente, no podía realizar sin el concurso completo del país.

Falta la etapa final. La más difícil; que es asegurar el triunfo electoral de franquistas reformistas y antifranquistas moderados, de forma que su pacto posterior sea viable y eficaz.

Es una tarea difícil en sí misma, que se ha complicado adicionalmente por tres hechos de similar gravedad:

1. El sacrificio electoral, necesario para garantizar la neutralidad del proceso, de la mejor clase política del franquismo reformista, que es el Gobierno y la Administración, ha disminuido el poder de convocatoria de este sector, imprescindible para el equilibrio de la transición.
2. Su marginación anticipada ha consolidado el franquismo conservador como fuerza electoral potente, que, con su alto voto potencial, puede desequilibrar todo el proceso.
3. La dificultad de pacto de los antifranquistas moderados, debido al radicalismo utópico de sus bases, fruto de su forzosa inexperience política, reduce su opción electoral por debajo de sus límites posibles; por debajo, también, de las necesidades de equilibrio de todo el proceso.

Del análisis de estos hechos, a lo largo de los últimos meses, y para superar sus preocupantes consecuencias, se han derivado varias estrategias electorales.

La primera, que otras veces he llamado de «tres sectores», consistía, porque hoy está ya abandonada, en agrupar las fuerzas políticas en tres grandes grupos: 1. Franquistas conservadores, 2. Franquistas reformistas y antifranquistas moderados, y 3. Antifranquistas radicales.

Este modelo, propiciado inicialmente por el Gobierno, incluirá la condición de que el liderazgo del centro correspondiera a la democracia cristiana y el de la izquierda a los partidos controlados por el socialismo europeo.

En su puesta en práctica fue raptado por una pequeña pero hábil y poderosa burguesía liberal, que, tras pactar implícitamente con la izquierda, se apropió del modelo y de su liderazgo, en repeti-

ción exacta de todas las restauraciones democráticas del siglo XIX y XX, fallidas todas ellas.

Al inclinarse a su izquierda, y para relacionarse directamente con el proletariado radical, ha favorecido dos desarrollos: El incremento de la Alianza Popular, que está absorbiendo a la clase media franquista moderada, marginada por esa táctica, y el desarrollo del centro-izquierda, que está recogiendo la clase media antifranquista y el proletariado moderado.

Esta actuación, movida por una ambición de poder monopólico irreal, por su estrecha base, típica de la burguesía ilustrada española, ha obligado, finalmente, a una reestructuración de su liderazgo, en forma más cercana al propósito inicial del Gobierno.

Ha llevado también a la aceptación del modelo alternativo de cambio. A la aceptación forzosa del modelo de cuatro sectores: 1. Franquistas conservadores, 2. Franquistas reformistas, 3. Antifranquistas moderados, y 4. Antifranquistas radicales. Modelo que durante un tiempo crítico ha sido boicoteado como utópico, en clara irreflexión sobre las necesidades objetivas de la transición.

Que hoy es el único esquema político viable que se puede probar de varias formas. En primer lugar, y positivamente, porque es el único que permite unas elecciones medianamente claras y auténticas. Unas elecciones en las que

Por Jose Ramón LASUEN

sea el pueblo, a través del voto, y no el pacto previo entre caciques, quien determine la fuerza relativa de los grupos que han de coaligarse posteriormente; lo que es la mejor garantía de la eficacia política social de esa coalición. En segundo lugar, y negativamente, porque la izquierda radical ha fallado totalmente en su intento de controlar el mundo obrero, gracias a que éste, más inteligente que nunca, ha rechazado, categóricamente, el ser manipulado no sólo electoralmente, sino sindicalmente; con lo cual, la izquierda radical ha perdido el interés que tenía para la derecha, que quería asegurarse la paz social mediante la compra política de sus líderes.

La gran cuestión, por tanto, que queda por resolver no es ya si deben ser tres o cuatro las grandes fuerzas electorales. Esto está decidido. Sólo pueden ser cuatro, aunque externamente fragmentadas. Lo que queda por determinar es si no es demasiado tarde para poner en marcha esa estrategia y, en todo caso, cómo reforzarla.

Todos los intentos para convencer a Suárez, para que se presente a las elecciones, y a que lo haga por uno u otro sector del centro, revelan el sentimiento generalizado de reforzar la operación de cuatro sectores, con el crédito del presidente.

De la misma forma que los que se oponen a su candidatura, los franquistas conservadores, la burguesía ilustrada y el proletariado radical revelan con su conducta que lo que quieren en común, por razones distintas, fáciles de comprender en cada caso, es que se retorne al modelo de tres fuerzas.

Es arduo pronunciarse respecto al tema de la reelección de Suárez. Sin embargo, es imprescindible, para evitar la confusión existente, para hacerlo con objetividad es necesario un pequeño análisis.

Lo ideal para el país, para la democracia, sería que el presidente continuara, durante todo el periodo constitucional, en el papel de árbitro, entre franquistas y antifranquistas, que ha jugado en el proceso de reforma política previo. Y que

para gobernar, porque hay que gobernar, hay que resolver la crisis económica; debe rodearse de un equipo de coalición de su confianza. Lo mejor sería, por tanto, que el presidente no fuera beligerante en las elecciones.

Pero a lo mejor es enemigo de lo bueno. Suárez no puede correr el riesgo de que las elecciones produzcan un retroceso en el camino andado. Si los demócratacristianos y liberales, de una parte, y los socialistas democráticos constitucionales, de otra, no se integran prontísimo, y ofrecen alternativas electorales serias, el presidente tendrá que intervenir, en beneficio del país, para evitar que las elecciones conduzcan al continuismo o a la ruptura.

¿Cómo? ¿Presentándose? ¿Con quién? He dicho otras veces que es redundante que se presente solo y por Avila. Eso sólo serviría para legitimarse y no lo precisa; su obra es suficiente.

Si se presenta, lo ha de hacer encabezando un sector o sectores para corregir los errores de los demás y obtener, con su popularidad, la mayoría que exigen los límites de viabilidad del proceso de transición global.

Para hacerlo así tiene dos opciones: Puede actuar como político o como estadista.

Si actúa como político, ha de seguir, quiera o no, disgusto o agrado a quien sea, sus preferencias ideológicas, cualesquiera que fueren. La razón es evidente. Al presentarse partidistamente incurrirá, automáticamente, en un alto coste. Perderá su papel de árbitro. Por consiguiente, la necesidad objetiva de equilibrio global del proceso le forzará a intentar que el sector que escoja resulte cuasi mayoritario, lo que a su vez acarreará el antagonismo de los demás. En estas circunstancias, claramente previsibles, es inexorable que tenga la absoluta seguridad sobre el apoyo de la mayoría, que habrá reforzado con su nombre. Eso sólo lo puede conseguir con la fidelidad ideológica de su adscripción.

Si se presenta como estadista, cuyo primer deber es instaurar la democracia a través de la Monarquía, tiene que hacerlo de forma que salve su papel de árbitro constitucional. No puede favorecer al franquismo sobre el antifranquismo; mucho menos a demócratacristianos sobre socialistas, o viceversa. Por exclusión, en este caso, su única solución consiste en encabezar una alianza conjunta de todas esas fuerzas, muy difícil de lograr.

Creo que las dudas del presidente indican que está analizando seriamente estas alternativas, que la clase política, en su partidismo, no considera. Y es aventurado prever su decisión, porque existen otras soluciones al problema que nadie menciona.

Hay una, que creo verosímil, debido a la peculiar forma de esta transición. Bajo el supuesto de que lo más importante para todos es no romper el mecanismo de cambio con que nos ha regalado la Historia; bajo el supuesto adicional de que este mecanismo exige un árbitro, y que existe uno ya probado, creo que es posible que Suárez, sin presentarse, pueda ser suficientemente beligerante en las elecciones; lo bastante para garantizar la mayoría parlamentaria que el país precisa. Estimo que el presidente puede decirle al país, que le escuchará y atenderá, qué debe hacer para ayudarle a cumplir su función.

Su mensaje puede ser muy simple y positivo. En primer lugar, y para borrar viejos miedos, debe explicar al país que es igualmente patriótico votar a las derechas o a las izquierdas. Tras ello, puede añadir que para hacer la Constitución y la política económica que se necesita, precisa disponer de una mayoría de centro-derecha y centro-izquierda.

Y después, que el pueblo decida, que es más duro de lo que muchos piensan.